

Leila Guerriero, *Teoría de la gravedad*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2019, 212 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.LXXXI-LXXXV>

“Aquí yo” son las dos primeras palabras con las que Leila Guerriero abre en *El pacto* (5) este recopilatorio columnístico que abarca parte de su trabajo periodístico durante más de cinco años en el diario *El País*. Seis letras que, si por sí solas no fueran suficientes para situar al lector ante el artefacto narrativo que tiene entre sus manos, se acompañan en el mismo párrafo y a muy cerca distancia de “aquí yo, yo, yo, la egocéntrica, la narcisa”. Ya está: ya ha situado pronto y rápido las coordenadas por las que sus columnas van a deambular en un ejercicio de periodismo puramente individual, puramente subjetivo... puramente umbraliano.

Cierto, pues Leila Guerriero ejerce de discípula aventajada de uno aquellos autores que de modo tan decisivo contribuyeron en la restitución de la modernidad en el articulismo español ya desde el tardofranquismo: Francisco Umbral. Y lo hace partiendo de ese memorialismo tan característico del columnista madrileño que, casualidad, no solo escribió durante muchos años en *El País*, sino que se convirtió en su articulista estrella durante la Transición española. Un memorialismo en la que la periodista argentina asienta estas pequeñas piezas literarias que presenta y que dan cuenta de su paisaje emocional, el cual, al igual que Francisco Umbral, busca zarandear en su provocación al lector mediante un *tour de force* en absoluto especulativo o gratuito y sí honesto en su propuesta.

Mamita (33) es un claro ejemplo de torpedo a la línea de flotación de un lector seguro en su comodidad, pues pone en la picota al mismo pensamiento ortodoxo que no duda en caracterizar a la madre como figura santificada de *per se*. Una columna que comienza con esa visión infantil de “Mi madre como mami, sos lo más lindo del mundo”, pero que enseguida deriva a ese “Mi madre como por favor, mami, basta, no me grites más”; a ese “Mi madre como tengo cosas más importantes que hacer que ocuparme de tus pavadas. Mi madre como sos un fracaso”; a ese “Mi madre como callate, infeliz, siempre diciendo estupideces. Mi madre como no servís para nada. Mi madre como no sé para qué te parí”. Gusta Guerriero, pues, de desafiar con una cavilación obligada que subvierte la realidad señalando su envés para, como Umbral, revelar la cara menos amable de las cosas. “Cuánto habría que vivir —y cuánto

coraje sería necesario— para entender que lo que más amamos, y lo que más nos ama, es también lo que mejor nos aniquila”, acaba la columna. Cara y cruz de una moneda, ahora sí, presentada en sus dos caras y dejada a la intemperie de la vida.

Una vida compleja, en efecto, pero que es la que nos ha tocado en suertes vivir y la que Guerriero plasma siguiendo la estela literaria de uno de los autores que más la han influenciado en la redacción de su obra: Georges Perec. Porque, así como el escritor francés desciende al detalle, a la microhistoria de la realidad, pero alejado de todo tipo de presunción que presupone la memoria del escrito, la periodista argentina hace lo propio y focaliza su interés en aquella cotidianidad que le es propia partiendo de sus recuerdos familiares.

Una mirada hacia lo “infraordinario” que escapa de cualquier carga de sublimidad, como cuando se acerca al hospital a ver a su madre ingresada y dice: “Busco una habitación: la 2012. La encuentro, pero me quedo mirando un patio interno. Llueve. Al otro lado del patio hay un cuarto. Por la ventana se ve a una mujer en una cama, rodeada de otras mujeres. Toman té. Rien”, *Hospital*, (47). O como cuando arranca *Acá* (161): “Eran las siete de la tarde, sábado. El hombre con quien vivo regresó de hacer las compras. Yo me había quedado en casa, leyendo un libro de Louise Glück en la cocina”. Un detallismo mundano del que se sirve Guerriero para ubicarse, ubicarnos en su particular universo cotidiano —ese mismo al que no prestamos atención por el ruido superficial del mundo que interfiere—, y que finaliza con la mirada puesta en el cielo a través de su ventana: “No era un momento especial. Era tan sólo un momento. En la estupenda simplicidad de la vida cotidiana”.

Pero es la propia escritora argentina la que se encarga de recordar en sus columnas que lo simple no tiene lugar para la condescendencia en un mundo percibido como un lugar que ejerce una fuerte carga contradictoria entre la fugacidad del instante dado y la inmortalidad del ser creído. Jaque. Y es justo ahí donde aparece, como un espejismo en mitad del gran mar de arena del desierto, un remanso de paz, un oasis de vida en el que por fin abandonarse: “Tan honda fue mi felicidad, que me sentí bendita y pude bendecir”, afirma en *La voz humana* (171) al escuchar a un niño de diez años cantar en el metro. Pero con pronta fecha de caducidad: “Y eso duró cinco minutos que, como todo el mundo sabe, es lo que dura la felicidad”. Mate.

Así es que, como un rey herido de muerte que cae golpeando con estrépito el damero, las palabras de Guerriero bailan alborotadoras alrededor de un lector inquieto, quien apenas cuenta con puntos de sujeción en los que apoyarse tras la fuerte sacudida a la que es sometido. “Nadie nos advierte,

pero el infierno vive en nosotros bajo la forma de la indiferencia”, afirma en *Supongo* (7): una pronta declaración de intenciones de la dirección por donde va a discurrir la lectura de unas reflexiones personales, cimentadas en esa realidad más circundante y que acaban de generar una implosión irremediable. Como la que sufre la pareja protagonista de sus columnas centrales.

Nada es casual en la ordenación de las columnas que configuran este recopilatorio. Si recién nos advierte la escritora argentina sobre esa peligrosidad que supone la indiferencia al principio del libro, es justo en la mitad cuando aparece *Cuidado* (95). “A veces, cuando camino por la calle y veo caras sumergidas en la indiferencia, en la resignación o el miedo, me digo: cuidado.” E, inmediatamente, aparece la *Instrucción* (96).

El título no es caprichoso, por supuesto, pues como toda instrucción se dirige a un interlocutor que en este caso es tratado como usted mediante la voz imperativa al estilo de los cuentos de su otrora gran deudora literaria: Lorrie Moore. Es así como se van sucediendo numéricamente una serie de ¿ficciones? hasta contar 18 que Guerriero va desmenuzando entorno al desmoronamiento del amor entre una pareja heterosexual.

Una relación en la que no importa su tiempo de vida —quince, seis años...— en tanto que debajo de la placidez que envuelve la cocina compartida subyace la amargura de comprobar que ya nada late, que todo es como un campo yermo donde no hay vida ni esperanza: es decir, dónde ya no hay ni amor. “Un barco frío / zarpa de algún lugar dentro de la esposa / y pone rumbo al horizonte plano y gris, / ni pájaro ni suerte a la vista”, son los versos de un poema de Anne Carson con los que se ayuda para cerrar la *Instrucción 11* (117).

Un remate poético al texto como técnica habitual en las columnas de la escritora argentina, pues además de dotarlas de musicalidad, refuerzan su mensaje con la voz de autoridad de aquellos quienes mejor moldean las palabras para ajustarlas a los sentimientos. En la *Instrucción 14* (123) es la misma Guerriero la que conmina al lector: “Recuerde este verso de Fabián Casas. «Parece una ley: todo lo que se pudre forma una familia»”.

Diferentes voces poéticas para un mismo fin: plasmar ese tedio infernal que se instala en los corazones y los va minando hasta convertir en una parodia la relación amorosa de dos personas que una vez disfrutaban de la vida mientras se querían con pasión. Fugacidad versus inmortalidad, he ahí lo que nos desvela Guerriero echando vinagre en la herida abierta que dejan las palabras esperanzadoras del hombre ante la evidente crisis: “«No te preocupes, seguro que se va a solucionar», mientras ella piensa: «Ya terminó,

sólo que todavía no lo sabe»” Y por si esto fuera poco, acaba: “Sienta que dentro de sí acaba de comenzar una cuenta regresiva. Piense que llevará esa agonía con perfidia y dignidad. Diga: «Sí, amor, claro.»” *Instrucción 15* (125).

Guerriero lleva más allá de sus *instrucciones*-destrucciones el pánico que le producen los lugares comunes; los mismos que están tejidos con la desilusión de la indiferencia y que obligan a mentir al que, si antes le provocaba decir: “Ya saben cómo es, y ni siquiera es amor: es una suerte de enajenación, una avidez animal, bruta”, ahora está convertido en un auténtico extraño cuando pregunta acerca de un concierto de música: “«¿Te gusta?»». No estábamos construyendo el futuro [...] lo miré, sonreí y, con mis mejores colmillos, le dije: «Me encanta»”. *Mentirosa* (145).

Dice Pedro Mairal en el prólogo del libro que “Sus columnas son autorretratos donde ella misma no está. Pero están sus huellas” —*Prólogo: en carne viva* (VIII)—. No le falta razón, no. Porque cierto es que se tiene la nítida sensación de leer las columnas de Guerriero con un fondo humeante y cálido dejado en el ambiente, como aquellos fuegos recién apagados que uno observa pero que no alcanza a ver a su autor del que no queda ni rastro, tan sólo las huellas de su creación.

¿Autorretrato? Volvamos la vista de nuevo a Francisco Umbral, a quien la realidad más inmediata le excusaba de hablar de sí mismo en clave ambigua, para entender a Guerriero cuando afirma en *Éxtasis* (77): “Porque nunca hay tiempo. Porque ya no hay tiempo (Y también miento cuando digo eso. Cuando digo que sólo soy eso).” ¿Cuándo es qué, exactamente? Pues ni más ni menos que “la-señorita-viajero-frecuente tomando aviones con la esperanza de que en el menú de entretenimiento esté la última *Misión Imposible* porque no hubo tiempo de verla en el cine”.

Mentiras que son verdades y verdades que son mentiras no importa, porque de lo que realmente se trata es de aquellos detalles nimios que, cuando se observan bajo la lupa que aplica la periodista argentina, se agrandan. Es la sensación de haber buscado y encontrado algo donde el lector no lo hubiera creído nunca por sí solo, como ella misma sentencia en *Cuidado* (95): “Me dirán loca. Yo siempre estaré buscando, bajo los adoquines, la arena de la playa”: la misma arena que configura con su complejidad propia la playa de Guerreiro como la del resto de nosotros.

Y, como no podía ser menos, las referencias a escritores que de un modo u otro como los poetas la han marcado —y la siguen marcando— en su trayectoria, desfilan por estas columnas Césare Pavese, Elías Canetti... y *Piglia* (173): “Piglia me dijo cosas. Sobre la vida, sobre la escritura: cosas.

Después de eso, nada fue igual”. Y tanto lo cree así la periodista argentina, que acaba de contestarse acerca de para qué sirven los libros con su siguiente axioma: “para salvarnos la vida”.

A partir de este momento, la escritura de Guerreiro se acelera hacia un final dedicado a lo que le supone el arte de la escritura. *Escribir* (175): “Hay que amasar el pan para vivir, porque se vive, para seguir viviendo. Escribir. Amasar el pan. No hay diferencia”. *Pavor* (177): “A mí lo que me da pavor es la escritura, ese bicho inhumano”. *Ya está* (185): “Uno se pasa los días y los meses tratando de escribir algo. Algo: un párrafo, una frase que contenga un poco de verdad, que resulte —uno es soberbio, y vil, vanidoso— mejor, más grande que la vida”. *Tener y no tener* (187): “Desde hace tiempo lo que escribo me sabe mal. Me gusta más lo que escriben los otros”. Y, la última, *Empezar* (195): “Estoy sola con ese animal caprichoso, esa fuerza que me ha traído de regreso. La escritura, mi patria tirana”. Nada que añadir.

Estilísticamente, Leila Guerreiro siente la necesidad de interpelar al lector —más allá de sus *instrucciones*—, sacudirle: “Supongo que creen...” *Supongo* (7); o inquirirles como si de un compadreo se tratara: “¿Les pasa que, a veces, aunque todo esté bien [...]?” *¿Les pasa?* (63). Una familiaridad en absoluto chabacana o vulgar, pues es justo este nexo de unión educado el que utiliza la periodista argentina para componer una complicidad adecuada a sus fines. Las anáforas son muchas y recurrentes para dotar de mayor fuerza lírica sus reflexiones: “Debería...”, *Era la vida* (9); “Antes de que...”, *Antes* (11); “¿Qué hacen...?”, *Ayer* (19). Rasgos sobresalientes de quién, también, gusta de utilizar la prosa a modo de unidades pictográficas: “Un mundo que parpadea sin ganas. Un blindaje de pájaros muertos. De bostezos brumosos”, *Antídotos* (17).

Que Leila Guerreiro sea Premio Manuel Vázquez Montalbán de Periodismo 2019 es, sencillamente, justo merecimiento a una de las mejores columnistas del momento que husmea, rastrea y encuentra donde en apariencia no hay el sentido complejo, amargo pero necesario de la vida.

JAVIER GUTIÉRREZ CARRETERO
Universidad de Barcelona (España)
fgutier5@xtec.cat